

Elena Poniatowska

HASTA NO VERTE, JESUS MIO

Yo me agarraba el estómago de risa de tanto que me estuve burlando de unos y de otros. En esa época era muy peleonera y todo lo componía con hacer avería y media. Por eso dije que lo que allí pasaba eran puras mentiras.

Cuando aquel hermano espírita llegó a darnos instrucciones lo juzgué loco. Sentaba a las muchachas en las sillas y se quedaban atoradas. Él entraba en comunicación elevada por la luz del Omnipotente, del Padre, del Hijo, del Enviado Elías y las dormía a todas. Era un joven de unos dieciocho años, delgado, todo borroneado él. Yo no le vi los ojos.

En aquel entonces yo estaba trabajando de mesera en un changarro del tercer callejón de Netzahualcóyotl, hoy 20 de noviembre. Se vendían tacos y tortas y bebidas, y por lo regular tenía uno que lidiárselas con borrachos y con hombres malos. Iba mucha tropa a bailar con las muchachas. Y un día llegó ese jovencito a platicar y les dijo a las meseras que él tenía mucho poder de espiritismo.

Las muchachas se habían sentado parejo alrededor de la sala. Él les pasó la mano sin tocarlas y les dijo: "¡A ver, levántense!". Hicieron el intento y nada. Se movían con todo y silla pero no se les despegaban las asentaderas. Desde la puerta yo me estaba fijando en todo: en sus gestos, en sus movimientos, sus figuretas. Yo era la juzgona.

Y en una de esas que me dice él:

—Te voy a pegar a ti también en la silla.

Luchó conmigo y no pudo. Lo vi que sudaba del esfuerzo. Entonces yo le dije:

—Ya ve cómo no puede. Ellas ni están pegadas... Se están haciendo guajes allí.

—No, si no nos podemos despegar. ¡A ver, cuántas tú, a ver si puedes!

—No, no. Yo no tengo por qué despegarlas. Que las despegue el que las pegó.

El muchacho me volvió a decir:

—Te voy a pegar a ti...

—Pues pégame si puedes.

Luchó otra vez y no pudo aunque imploraba los poderes. Entonces se puso muy humilde:

—Préstame tu voluntad...

—Pues mi voluntad está prestada.

Rezó, desalojó las malas corrientes, los espíritus y quién sabe qué tanto me hizo. Pero no pudo suggestionarme.

—No, no sabes... Tú no sabes darte.

Hasta groserías le dije. Yo era un animal muy bruto, una yegua muy arisca. Además él era muy muchacho y yo no le creía. Podía con otras pero no conmigo, porque mi protector es más elevado que Madero. Madero era un ser elevado pero no al grado de mi protector. Madero fue espírita. Los seres espirituales pasaban a darle instrucciones y por eso supo todas las cosas que iban a suceder menos lo de Huerta. Y el muchacho éste era la bocina de Madero. Y por allí hablaba. Me imagino que él nomás tenía de protector a Madero y yo tengo a tres y esos tres son muy elevados, muy elevados, pero entonces no los conocía y me faltaba fe. Nomás por no dejar, yo estuve mirando los movimientos que hacía él y lo que rezaba y lo que pedía, porque yo tengo el defecto de que todo lo que oigo se me queda en el pensamiento, todo, y a mí se me grabó aquello, pero como no creía me daba risa.

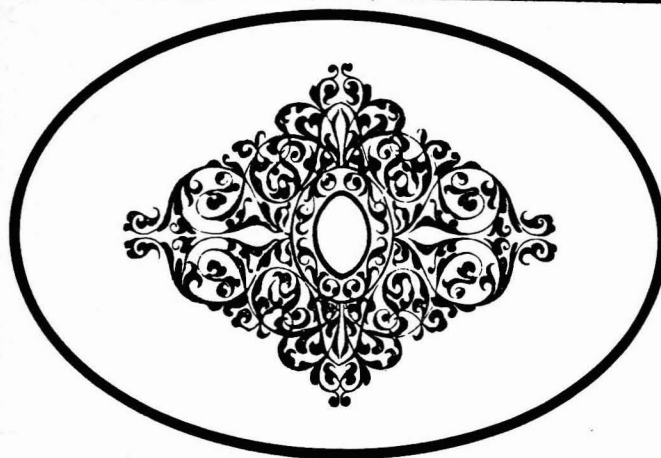
—Mira, muchacha, no seas majé. Pídemela prueba que quieras...

—No necesito pruebas de nada, no me hace falta ninguna porque todo lo que estás diciendo son mentiras...

—Yo te voy a dar una prueba aunque no quieras. Tengo que dominarte. Tengo que vencerte.

—No, no puedes...





—Bueno, pídele a uno de tus difuntos que te dé una satisfacción.

—No, yo no tengo muerto [en la familia].

—Todo mundo tiene difuntos. ¡Cómo que no! ¡Ah, cómo que no! Tú debes tener uno o dos...

—No, yo no tengo muertos.

—No seas tonta. ¿Con quién quieres hablar del otro mundo?

—Yo no quiero hablar con nadie, yo no quiero hablar con nadie porque no tengo a nadie con quien hablar... No tengo familia...

—No, no. Tienes que tener. No hay una persona que no tenga familia sobre la tierra o debajo de la tierra.

Tanto me estuvo insistiendo que pensé: "Bueno, pues le diré que llame a Pedro por no dejar..."

—Ya no estés molestando. No tengo a nadie pero quiero que llames a Pedro.

—¿Pedro qué?

—Tu nomás preguntas por Pedro de parte mía. Él sabrá.

Lo llamó a través de una mediunidad que había sacado de nuestras mismas compañeras sin que ellas se dieran cuenta. En la sala grande donde se ponían las mesas y el piano, el muchacho hizo trabajos de desdoblamiento, y como era un ser muy elevado, durmió a aquella muchacha mediunidad entre el más allá y la tierra. Y aquella compañera que tenía el cerebro abierto y por eso podía recibir a los espíritus, habló:

—El ser del otro mundo que ha mandado llamar dice que no la conoce...

(Pedro era un animal más bruto que yo. O se estaba haciendo del rogar.)

—Seguro, dije, ya ven, cómo son ustedes mentirosos. ¡Cómo no me va a conocer! Ya mero que me iba a hacer un desaire si el favor se lo estoy haciendo yo con acordarme de él!

Dice el muchacho:

—No. Llama a otra persona. Ésta te falló.

—No, pues entonces ya no llamo a nadie. No estoy para que me juzguen de camisón.

—Llama a otro de tus muertos...

—No, yo no quiero ningún otro.

—No, tienes que creer.

—Sólo creo en Dios, y eso de oídas, porque nunca lo he visto. Sólo lo devisé una vez, profundizándome que iba por una cuesta vestido de morado...

—Llama a otro, por favor...

Yo sentí cómo que me movían las quijadas.

—Bueno, bueno, pues si quieren traerme un alma, ya tráiganme a la que quieran.

La facultad lo fue a buscar entre las almas muertas, las del espacio y regresó:

—Pues no hallo a nadie.

—Búscalos en la tierra.

Entonces la facultad empezó a penar. Dijo que ya lo había encontrado pero que no lo podía alcanzar.

—Hay muchas espinas de abrojo... No puedo llegar a él.

El hermano le quitó los malos ambientes, las corrientes de los seres del espacio que uno trae en el cuerpo y le dijo:

—Puedes pasar las espinas. No te espinarás.

La facultad siguió caminando:

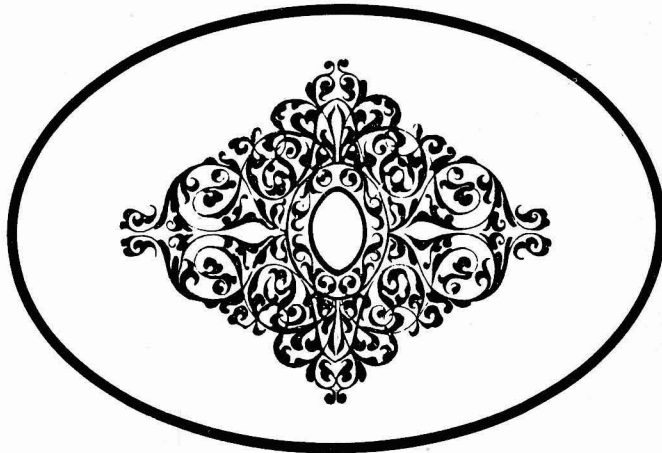
—Ya lo encontré, está debajo de un árbol pero no puedo levantarlo porque hay demasiado mequite.

Entonces le dieron fuerza espiritual para que las biznagas no la lastimaran.

—¡Tráelo, tráelo!

Fue cuando ella ya recogió el espíritu y lo trajo y dio sus señas. Dijo que tenía sus carrilleras cruzadas, su sombrero grande de fieltro galoneado, su zapato café de rechinido; que era de estatura re-





gular, ni alto ni chaparro, ni prieto ni blanco, una cosa apiñonadita. Entonces me sacaron para afuera. Cerraron la puerta y ordenó el muchacho:

—Aquí te quedas en el quicio.

Me recargué oyendo por fuera. Y nomás al decir: “Buenas noches”, le conocí la voz a mi papá. No era la voz de la mujer que estaba extasiada, era la [voz] de mi papá, mandona, tal y como fue en vida. Y nomás con la pura voz tuve yo:

—Buenas noches, repitió.

Y le contestó el muchacho:

—Buenas noches hermano. ¿Qué deseabas?

—Yo nada. Me han llamado y aquí estoy.

—Sí, te hemos llamado. ¿A quién conoces aquí?

—De las personas aquí presentes no conozco a nadie. Pero acaban de sacar a una y esa persona es mi hija.

Yo lo estaba oyendo. Ya su carne era polvo. Murió en 1913. Los zopilotes, los coyotes, sabe Dios qué animales se lo comieron porque mi padre no fue sepultado. Quedó debajo de un árbol, en Mochitlán. Según me contaron después los soldados, allí derrotaron a la corporación de mi papá. Dicen que venía herido con dos mulas de parque. Acababa de pasar el combate y a él se le hizo fácil recargarse en un árbol y descansar. Y allí fue dónde. Lo sorprendieron los zapatistas y lo mataron. Su espíritu era el que estaba allá apacentado, en el campo, todo rodeado de malezas y de picantes. Todavía el Ser Supremo no lo tenía en su lista, todavía no lo había ido a levantar.

—Antes de hablar con mi hija, quiero hablar con la dueña de la casa para hacerle algunos encargos.

Y entonces llaman a la dueña del negocio. Era una señora buena, delgada, que usaba la ondulación Marcel. Todas las que trabajábamos en Netzahualcóyotl teníamos ese modo de peinarnos. Era como de cuatro o de seis ondas, según el tamaño.

—Señora, usted es la que maneja este establecimiento y le recomiendo mucho a mi hija, porque no me gusta lo que ella hace aquí. Por favor déle un trabajo distinto... Quítela de la bebida.

Le dijo que yo era muy chica y no conocía a la gente, ni sabía distinguir, que me encontraba sin amparo en la tierra y a él le dolía mucho no poderme cuidar.

La señora le respondió que no tuviera pendiente; que ella velaría por mí.

Y entonces me dice el muchacho aquel:

—Ven, te llama.

Yo no me quería acercar. Pensé: “Me va a dar de guantadas.”

—No temas, hija, acércate, dijo mi papá. Quiero hablar contigo y darte algunos consejos porque no te los pude dar cuando vida llevé en la tierra.

Hazme favor de que no nos hagas sufrir. Modera tu carácter porque nosotros estamos siempre encadenados debido a ti. Deja todas esas palabras que dices. No te peliés con la gente en la calle porque tan pronto te peleas, a mí y a mi esposa que es tu madre, nos encadenan. No seas tonta, pórtate bien.

Pórtate con conducta.

Mi padre ya no habló. Las almas no tienen derecho a materializarse, a decir cosas terrenales. Nomás dicen dos o tres palabras para que uno comprenda y ya. Y por ese testimonio comencé a creer.

